

El cerro de la Gavia (villa de Vallecas, Madrid capital): urbanismo y vivienda de la II Edad del Hierro en la Comunidad de Madrid

Jorge Morín - Marta Escolà - Amalia Pérez-Juez
Ernesto Agustí - Rafael Barroso - Mario López - Enrique Navarro
Fernando Sánchez - Carlos Fernández*

RESUMEN

Las excavaciones arqueológicas en el poblado de la II Edad del Hierro del cerro de la Gavia han permitido distinguir cuatro fases de ocupación diferentes (Paleolítico, II Edad del Hierro, tardoantigüedad y guerra civil española). La fase de ocupación más importante corresponde a un poblado de la II Edad del Hierro con tres momentos constructivos diferenciados y una presencia continuada en el lugar desde el siglo IV a. C. hasta el I d. C. La presente comunicación se centra en el estudio del urbanismo y la vivienda en el poblado.

SUMMARY

The archaeological excavations in the settlement of Cerro de la Gavia (II Iron Age) have allowed us to distinguish four different occupation stages (Palaeolithic, II Iron Age, late-antiquity and Spanish civil war). The most important occupation stage corresponds to a II Iron Age settlement, with three different constructive periods and a constant presence at this place from the 4th century BC until the 1st century AC. This paper is focused on the study of the town planning and housing in the settlement.

La ubicación de este enclave arqueológico de la II Edad del Hierro en un punto privilegiado obedece a aspectos de tipo defensivo y de control del territorio, aunque no son menos importantes otros factores, tales como la accesibilidad a los recursos hídricos, la vega del río Manzanares, la existencia de tierras cultivables y la explotación del bosque para la caza, la recolección, etc.¹.

Los restos arqueológicos se extienden sobre una superficie que en la actualidad no supera las 0,3 ha, aunque el cerro presentaba en el pasado una extensión mayor, extendiéndose el caserío por dos lomas cercanas.

Las excavaciones se han desarrollado sobre una superficie de unos 4.000 m², excavándose el núcleo central del poblado ubicado en un cerro algo destacado (sector A), y sus zonas de expansión, en la segunda línea del reborde del páramo (sectores B y C)².

¹ Queremos agradecer desde estas líneas las facilidades dadas para la realización de nuestro trabajo a Luis de la Rubia y José María Carrasco, así como al Gestor de Infraestructuras Ferroviarias; a Adolfo Valderas y ACS; a Ernesto Cuenca, Carlos García y Corviam-Corsán; a la Dirección General de Patrimonio, especialmente a los técnicos adscritos al proyecto, Pilar Mena y Antonio Méndez; a Enrique Baquedano, a Antonio Dávila y al Museo Regional de la Comunidad de Madrid y, por último, a Salvador Quero, a Alfonso Martín y al Museo de San Isidro.

² Los trabajos de excavaciones desarrollaron en dos campañas. La primera en el año 1999, siendo los directores de la misma Jorge Morín de Pablos y José Luis Martín Mompeán; la segunda en el año 2000, dirigiendo los trabajos arqueológicos Jorge Morín de Pablos y Amalia Pérez-Juez Gil. El proyecto se ejecutó bajo la

* Todos del Área de Protohistoria del Departamento de Arqueología y Paleontología y Recursos Culturales de Auditores de Energía y Medio Ambiente, S. A. Avda. de Alfonso XIII, 72. 28016 Madrid. E-mail: jmorin@audema.com; www.audema.com.

La segunda fase de ocupación, la más importante, corresponde a un poblado de la II Edad del Hierro, con una presencia humana prácticamente ininterrumpida en el lugar desde el siglo IV a. C. hasta el I d. C., periodo en el que cabe distinguir varias fases.

El primer momento apenas conserva restos de sus estructuras (fig. 1). Una segunda fase se levanta sobre las estructuras de la anterior (fig. 2), correspondiendo a un poblado articulado a partir de dos calles, cuya entrada se ubicaría en la zona norte del cerro. Probablemente esta entrada iría amurallada y protegida por dos bastiones. Las excavaciones han puesto al descubierto la calle este, compuesta por una hilera de casas que cerraba el poblado por su parte oriental y la manzana central del caserío. Las viviendas que dan a la parte septentrional del yacimiento se levantaban sobre una terraza artificial y sus traseras servirían a modo de muro de fortificación. La manzana central, por su parte, cuenta con dos filas de casas en su parte media que debían tener acceso por las dos calles que la delimitaban. Provisionalmente esta fase debería fecharse entre finales del siglo III y comienzos del siglo II a. C.

Este hábitat fue abandonado hacia mediados de la segunda centuria. La circunstancia de que no se hayan recogido apenas materiales arqueológicos hace suponer que este abandono se produjo de forma pacífica y que no se dilató mucho en el tiempo, ya que la tercera fase se levanta prácticamente sobre la planta de la fase anterior. El poblado estuvo habitado hasta finales del siglo I d. C., como atestigua la presencia en el mismo de producciones cerámicas que se fechan en ese momento final de la Edad del Hierro y comienzos de la ocupación romana (fig. 3).

El yacimiento del cerro de la Gavia (sector A) y los otros dos sectores excavados (sectores B y C) fueron núcleos poblacionales relacionados entre sí. Los restos localizados en los sectores B y C serían una ampliación urbanística del primero, en unos momentos en los que la población debía desbordar los límites del cerro principal. El abandono de los mismos en la tercera fase se produciría sin violencia, como lo prueban la ausencia de restos de fuego y la práctica ausencia de materiales en el sector C. Este abandono estaría provocado por un retroceso demográfico o por la necesidad de buscar cobijo en el núcleo principal, dotado de estructuras defensivas (foso y muralla).

supervisión de los servicios técnicos de arqueología de la Dirección General de Patrimonio Histórico Artístico de la Comunidad de Madrid.

Se trataría de un enclave con un número de habitantes reducido, rodeado de tierras de monte bajo, más o menos fértiles para el cultivo cerealístico y aptas para la ganadería. En este sentido, no debemos olvidarnos de que la vega del Manzanares se ha utilizado desde siempre para el aprovechamiento ganadero y que por las cercanías del yacimiento atraviesa la Cañada Real Galiana. Este tipo de asentamiento presenta un perfil típico de las poblaciones de la II Edad del Hierro. En un momento determinado, difícil de precisar, se produce su incorporación a la órbita cultural romana. Esto se explica por la proximidad de ciudades como *Complutum*, y otros centros más o menos extensos y romanizados, como *Titulcia*, villa de Villaverde Bajo, etc., lo que permitiría continuos contactos. Así se explicaría la aparición de fragmentos de TSH y TSHB³.

EL PAISAJE

En las líneas anteriores se comentaba la importancia estratégica del lugar como uno de los factores que serían fundamentales para su definitiva ubicación. Sin embargo, queremos señalar que otros factores, como los recursos hídricos y la cercanía a terrenos cultivables, no deben subestimarse. En este sentido, Dionisio Urbina en su estudio sobre los hábitats de la II Edad del Hierro en la Mesa de Ocaña (Toledo) desarrolla un modelo de ocupación de territorio que encaja perfectamente con lo que conocemos de las poblaciones carpetanas en esta parte de nuestra comunidad⁴. Nuestro asentamiento se corresponde con la tipología de yacimientos de escasa extensión pero que cuenta con estructuras defensivas (el otro grupo son los poblados sin amurallar con más de 6 ha de extensión). Los asentamientos de la Mesa de Ocaña buscan el frente de escarpe que separa el páramo de la Fosa del Tajo y del valle del Cedrón, ya que allí afloran todos los manantiales de la comarca. En esos parajes se disponen sucesivas capas de calizas, conglomerados y arenas permeables sobre las arcillas rojas impermeables, que provocan las afloraciones de

³ El yacimiento ha sido objeto de una publicación reciente donde se abordan el estudio de su urbanismo y su cultura material (MORÍN DE PABLOS, J., et alii [2005]. *El cerro de La Gavia. El Madrid que encontraron los romanos*. Madrid).

⁴ URBINA MARTÍNEZ, D. (2000). *La Segunda Edad del Hierro en el centro de la Península Ibérica. Un estudio de Arqueología Espacial en la Mesa de Ocaña, Toledo*. BAR International Series, 855. Oxford.

los acuíferos. Cuando existen excelentes manantiales pero las tierras son de pésima calidad —por ejemplo suelos con afloraciones de yesos—, los yacimientos se asientan sobre el frente del escarpe, para aprovechar el manantial a despecho de la altura. Este tipo de patrón se repite en el caso de nuestro yacimiento, que ha buscado estas afloraciones del acuífero. De hecho, en el transcurso de los trabajos arqueológicos, en pleno verano y en un período de estiaje, se pudo comprobar in situ cómo existían numerosas fuentes naturales de las que manaba agua.

Otro aspecto que debe tenerse en cuenta es el aprovechamiento del entorno inmediato; para el análisis de este tipo de recursos se suelen analizar variables modernas que no se ajustan a la realidad tecnológica de tiempos pretéritos. Así, resulta frecuente leer que asentamientos como los nuestros, ubicados en la cercanía de la vega del Manzanares, aprovechan las llanuras aluviales, cuando estos suelos no han podido trabajarse, debido a su dureza, hasta la llegada de los aperos mecanizados. Estas tierras, como bien señala Urbina en su estudio, solo son aptas para cultivos intensivos de azada, regadío o pastos, jamás como explotaciones cerealísticas en extensión. En la época que nos ocupa, II Edad del Hierro, debe desecharse la utilización del regadío y suponerse un aprovechamiento de la vega de tipo ganadero. Las tierras que se cultivan son las franjas de arcillas y arenas y los coluviones de escaso espesor que existen sobre los yesos. Son tierras ligeras fáciles de trabajar con los arados comunes, con rejas de hierro o madera. Se trata de tierras de escaso rendimiento agrícola, pero que eran las únicas que podían explotarse con la tecnología agrícola disponible (de hecho algunos de estos coluviones se encontraban todavía en uso en la actualidad con plantaciones de garbanzos).

El emplazamiento de hábitats como el cerro de la Gavia no responde a su proximidad a las tierras aluviales del Manzanares, que no podían ser cultivadas, ni a las grandes corrientes de agua, puesto que se elegían fuentes de escaso caudal, sino que se intentaba controlar un territorio con la mayor diversidad ecológica posible, desde los pisos ecológicos de la vega a los de monte bajo (vega, parámos y campiñas). La búsqueda de esta diversidad ecológica, señala Urbina, responde al intento de optimizar el máximo los recursos y reducir los períodos críticos. Así, una serie de malas cosechas podría subsanarse con la ganadería, la caza y la recolección. Los grandes yacimientos de la Edad del Hierro no amurallados son exponentes de esta adaptación al medio, donde la subsistencia de sus poblaciones no se basaba en el

cultivo de la tierra, sino en los recursos no explotados. Por ello, la acumulación de excedentes apenas puede atestiguar en este tipo de hábitats.

Los poblados fortificados de finales de la II Edad del Hierro, como el enclave del cerro de la Gavia, son también el exponente de un cambio de estrategia. En estos momentos se amurallan numerosos recintos, que deben de ser el lugar donde se centraliza y almacena el excedente; con palabras de Urbina, nos encontramos ante auténticos «graneros fortificados».

LA EVOLUCIÓN ESTRUCTURAL DEL POBLADO

En líneas precedentes se comentaba cómo durante la excavación de este hábitat de la II Edad del Hierro se habían podido distinguir tres momentos constructivos diferenciados. De la evolución estructural del poblado nos ocupamos en extenso en este apartado.

Las primeras fases constructivas: fase III (fig. 1)

La fase más antigua de ocupación del poblado apenas ha dejado restos estructurales visibles en los cortes III y VII. Se trata de muros de piedras asentadas a hueso que no parecen tener relación estructural con otros muros de las fases posteriores. En algún caso, sin embargo, parecen haber sido utilizados como zapata de construcción para estructuras posteriores. Así ocurre, por ejemplo, con los muros UE 149 y 142, que podrían formar parte de una misma estructura de planta rectangular. Aunque los restos documentados de esta primitiva fase son realmente escasos, es muy posible que el poblado contara con una topografía urbana muy similar a la que presentan las fases II y I, y que en realidad cada una de ellas haya aprovechado, siquiera de forma parcial, las estructuras de las etapas posteriores. A la vista de la escasez de estructuras que puedan datarse en la fase más antigua del doblamiento, es muy posible que las dimensiones del mismo fueran algo más reducidas, previas a la expansión que supone la fase II, pero con un planeamiento planimétrico muy semejante a base de estructuras domésticas de planta rectangular, probablemente alineadas en torno a una calle principal que seguiría el trazado de la documentada para fechas posteriores. Estas estructuras domésticas estarían levantadas sobre zócalos

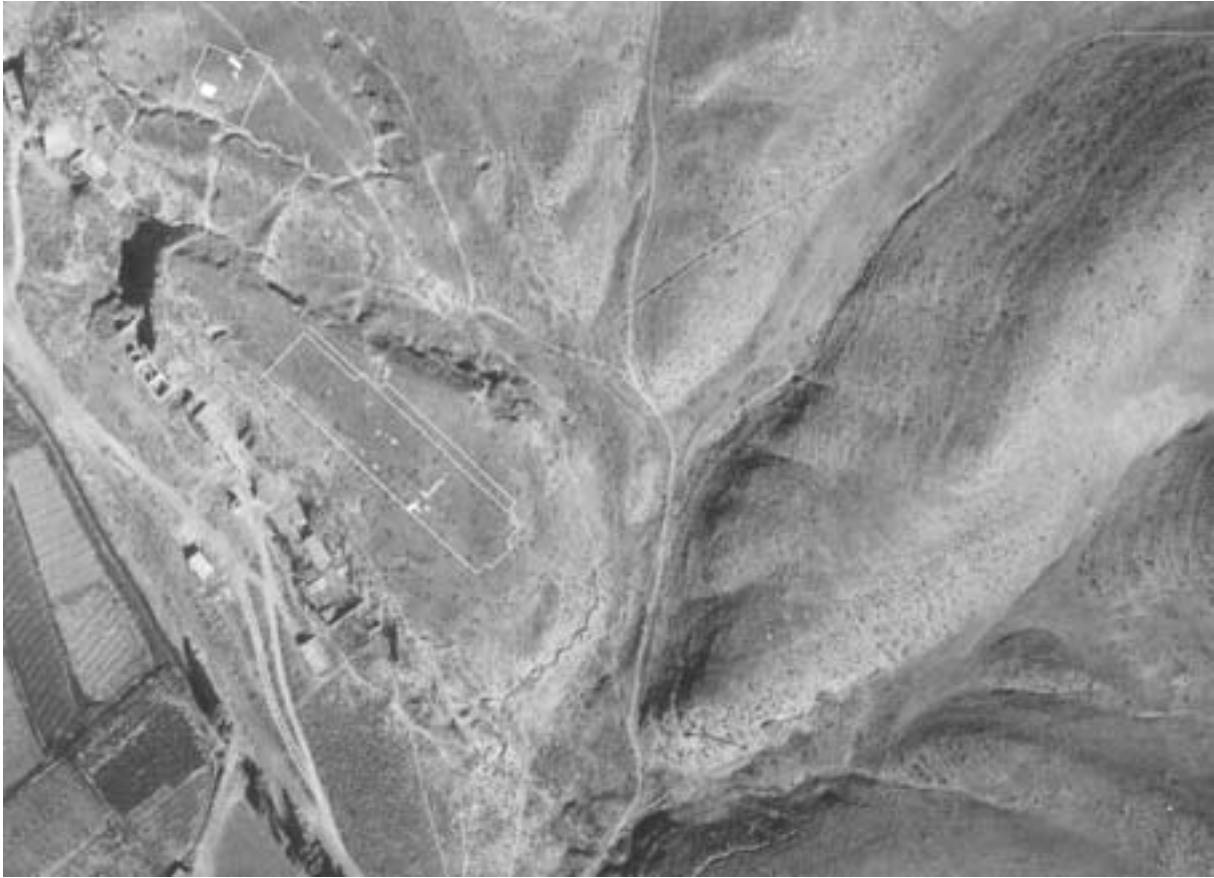


Fig. 1. Yacimiento del cerro de la Gavia. Fase III (escala 1:1500).

de piedra, como constata el registro arqueológico (UE 142, 149, 235 y 333), y alzados de adobe, siguiendo un sistema constructivo que es característico de las poblaciones meseteñas durante la Edad del Hierro y que ha perdurado hasta tiempos muy recientes.

A favor de que nos encontremos con un hábitat que desarrolla desde los primeros momentos un modelo de poblamiento que se repetirá en fases posteriores hablarían los restos localizados en el sector B. Allí se han localizado una estructura negativa, que podría corresponder a la planta de una casa, sobre la que se levanta otro edificio de la fase II, y los restos de un muro con orientación similar a las fases posteriores.

De confirmarse este planteamiento, como así lo sugieren los restos arqueológicos, nos encontraríamos con un hábitat que desde los primeros momentos desbordaría el núcleo primigenio situado en la primera línea del páramo y se extendería por las lomas cercanas, en segunda línea del reborde terciario.

La reestructuración del poblado.

Fase de plenitud: fase II (fig. 2)

Con posterioridad a la fase antes reseñada tuvo lugar una amplia reestructuración del poblado, que hay que considerar consecuencia de un período de estabilidad, la cual permitió el desarrollo del hábitat a lo largo de todo el cerro e incluso rebasando los límites de este tanto por el norte (sector B) como por el sur (sector C), lo que pone de manifiesto la ocupación de los cerros vecinos.

Esta fase corresponde a un momento posterior del asentamiento, como demuestra el hecho de que estos muros cabalguen en ocasiones, y siempre en el sector A, por encima de la fase III (UE 167 y 333), y que se encuentren a una cota superior a la de estos.

Aquí ha podido documentarse con nitidez la planta general del poblado. El sector A cuenta con una larga calle que recorre el poblado de norte a sur y, a ambos lados de ella, construcciones de planta rectangular levantadas sobre zócalos de piedra y alzados de adobe. Es posible que buena parte de estas



Fig. 2. Yacimiento del cerro de la Gavia. Fase II (escala 1:1500).

estructuras hayan aprovechado por relevación de muros el planteamiento de la etapa anterior, lo que hace muy difícil el reconocimiento de las estructuras asociadas a la misma.

La zona central del yacimiento ha proporcionado la excavación de las estructuras mejor conservadas, documentándose con perfecta nitidez parte de los alzados de adobe, con algunos ejemplares bien conservados gracias a un pequeño incendio que deshidrató el barro y los convirtió prácticamente en ladrillos. Como se ha adelantado, en esta zona central, a caballo entre los cortes VII y IX, se documentan las estructuras mejor conservadas. Se trata de tres recintos rectangulares, con sus respectivos ejes longitudinales orientados en sentido Este-Oeste, delimitados por los muros UE 174, 169, 167 y 222, así como por las UE 336 y 168, que corren paralelas a la calle, es decir, en dirección Norte-Sur, y cierran dichas estructuras en su parte trasera. Las dimensiones de estos recintos son similares, si bien uno de ellos, el más meridional, presenta una anchura algo menor.

El ámbito definido por las UE 174, 169 y 336 presenta una rudimentaria división espacial. Parece

abrirse paso a la calle a través de un acceso escalonado. Al fondo se sitúa un banco o poyo, que recorre la pared del fondo de la estancia y que serviría para depositar objetos, como se ha podido documentar en el sector C, donde en uno de los poyos se conservaba un recipiente de mayor tamaño. Este recinto central cuenta con estancias a los dos lados que formarían parte del mismo espacio doméstico y seguramente se comunicaban con este desde el interior. Este tipo de construcciones se documentó en las excavaciones realizadas en el año 1999 en el sector C (cerro de San Antonio). En este sector, a pesar de su mala conservación, las estructuras exhumadas se definen mejor, al no existir superposición de fases, ya que todo el sector C se adscribe a la fase II.

El sector C está situado sobre una pequeña loma del cerro de San Antonio, a una cierta distancia del curso del Manzanares, y separado del cerro de la Gavia por el curso de dos arroyos y una pequeña loma. La zona se encuentra muy afectada por la erosión diferencial, lo que ha provocado la ruina total de buena parte de las estructuras existentes, en especial en las partes altas. Un problema añadido es la escasa

entidad de los niveles arqueológicos, ya que en las zonas de mayor potencia no se supera el metro de espesor. Por consiguiente, es fácil prever las negativas consecuencias que ha tenido la continua erosión de estas tierras en el registro arqueológico. Nos encontramos, pues, con un sector cuyas unidades estratigráficas presentan un marcado carácter de alteración, con escaso valor fuera del análisis cronológico y del estudio de la cerámica encontrada, así como, en menor medida, de las estructuras documentadas.

Se han podido localizar en el transcurso de los trabajos arqueológicos las cimentaciones y alzados de al menos seis edificaciones construidas con piedras sin desbastar, colocadas a hueso, y la inclusión de algunos elementos amortizados, como molinos de granito. Las construcciones excavadas siguen una orientación Norte-Sur, formando estructuras rectangulares amplias. Solo en un caso se ha documentado una compartimentación en tres ambientes. El hecho de que el terreno haya sido fuertemente arrasado por la erosión impide hacer un análisis completo de las mismas. De esta forma, no resulta fácil concretar la función y relación de las diversas estructuras constructivas.

La edificación de mayor tamaño, denominada *número I*, y que ocupa una posición central en la loma, es de planta rectangular y cuenta con tres estancias. Se trata del edificio mejor conservado de todo el sector, ya que el muro sur de la misma actuó de freno a la erosión reteniendo los niveles arqueológicos, y es muy parecido al arriba descrito para el sector A. La construcción se ha encajado en la topografía de la loma excavándose algunos muros en los yesos cristalizados que constituyen el nivel geológico del cerro. Los muros perimetrales, de los que se han conservado el este, el sur y parte del norte, son de mayor grosor que los muros medianeros y las piedras utilizadas (yesos, calizas y pedernales) y presentan también un mayor tamaño. En el caso de los muros este (UE 2) y sur (UE 10), se han documentado las zanjas de cimentación excavadas en los yesos. Las estancias 1 y 2 presentaban todavía parte de los suelos de habitación, documentándose en la primera un poyo de adobe enlucido con yeso (UE 13) y un pie derecho de granito en el centro de la estancia, que serviría de soporte a la techumbre, así como los restos de un gran recipiente cerámico del tipo *dolium*. En el centro de la estancia 2 se pudo comprobar la existencia de un hogar rectangular (UE 12), así como una pequeña estructura fabricada con adobes adosada al muro medianero que separaba la estancia 1 de la 2 y al muro perimetral este. La estancia número 3,

situada en la parte norte, no conservaba el suelo original, y poco se puede decir acerca de su funcionalidad. De los restos exhumados se puede deducir que nos encontramos ante una vivienda de gran tamaño.

Este inmueble se encontraba separado de las construcciones II y IV, situadas al norte y al sur respectivamente, por unas calles realizadas a base de excavar los crestones calizos y con rellenos de margas para colmatar las vaguadas existentes. Además, en la parte sur, en el exterior del muro perimetral del edificio I, se constató la existencia de una rudimentaria preparación a base de barro compactado (UE 25).

El edificio número II es una pequeña construcción rectangular, encajada también en los crestones calizos, que ha conservado tres de sus cuatro muros perimetrales (sur, este y norte), mientras que el muro oeste, como en el resto de las construcciones, ha desaparecido como consecuencia de la fuerte erosión existente en esa zona. Las características edilicias son similares al edificio anterior: zócalos de piedras apenas desbastados y alzados con adobes que no se han conservado. Sin embargo, el edificio número II presenta unos curiosos contrafuertes en la parte interna de los muros, contruidos a base de cantos de río trabados con cal. El suelo de ocupación no se conservaba y los restos materiales localizados fueron muy escasos. Resulta difícil pronunciarse sobre la funcionalidad de esta estructura, ya que la aparición de contrafuertes de este tipo no es un hecho frecuente en las viviendas de la Carpetania.

Las edificaciones III y IV están situadas en la parte sur de la loma, en uno de los puntos más altos, aunque ambas han sido prácticamente desmanteladas por la erosión. De ellas solo se han podido documentar las zanjas de cimentación excavadas en el terreno natural y los restos de dos hogares adosados a la cara interna. Se trata de construcciones rectangulares, posiblemente viviendas, separadas entre sí por una calle. La vivienda número III tenía el hogar (UE 30) de tipo banco adosado a la pared sur, mientras que en la número IV se encontraba adosado en la parte este (UE 35).

Las construcciones V y VI se sitúan en la parte norte de la loma, en una zona que por el este cuenta con una pendiente muy pronunciada y por el oeste ha servido para la deposición de sedimentos desde las partes altas, pero que en la Antigüedad habría tenido también una pendiente pronunciada. En ambos casos nos encontramos ante dos edificaciones de planta rectangular que comparten el muro perimetral este, y probablemente también el oeste, aunque desgraciadamente este último no se ha conservado. Las dos cons-

trucciones se encuentran separadas entre sí por un pequeño pasillo y la técnica constructiva es idéntica a los edificios anteriores, si bien aquí se ha podido documentar parte del derrumbe de adobes de los alzados del muro este. Al igual que en los casos anteriores, la falta de suelos de ocupación no permite pronunciarse sobre la funcionalidad de estas construcciones, pero probablemente pertenecieron a viviendas. No podemos descartar tampoco la posibilidad de que nos encontremos ante un solo edificio compartimentado en dos estancias separadas por un estrecho pasillo.

En cuanto a las técnicas constructivas de este conjunto de edificaciones, parece claro el interés por cimentarlas en los yesos y adaptarlas a la topografía de la loma. Así, las viviendas van girando hacia el Oeste en su parte norte para asentarse en la parte plana y central. Por lo que respecta a la topografía original de la loma, hay que señalar que en la actualidad se presenta muy modificada, en especial en su parte occidental, donde se ha producido la acumulación de gran cantidad de sedimentos procedentes de la parte alta. Con objeto de documentar este extremo, se abrió una gran trinchera en dirección Este-Oeste, que constató la existencia en la ladera oeste de la loma de un mayor desnivel en épocas pasadas.

Sobre el material arqueológico aparecido en el yacimiento, conviene destacar la escasez del registro arqueológico, que básicamente se reduce a material cerámico y algunos útiles líticos, y la ausencia de metales, así como la nula presencia de fragmentos de tejas. Parece deducirse, pues, que nos encontramos con un hábitat con cierta organización, levantado sobre zócalos de piedra y alzados de adobe, con cubierta vegetal.

Respecto a la cronología, podemos lograr una aproximación a la misma gracias al estudio del escazo material cerámico, que permite situarla en torno los siglos III y II a. C. Por último, hay que señalar que, tanto si se trata de un área de habitación, lo más probable, como de una zona artesanal, su ubicación al exterior del recinto murado, al igual que el sector B, del que seguidamente hablaremos, introduce una variable no constatada hasta el momento en otros yacimientos del mismo entorno geográfico. Esta circunstancia quizás se explique porque hasta la fecha los trabajos de excavación se han concentrado exclusivamente en los recintos fortificados y no en las áreas periféricas.

El sector B se ubica en una pequeña loma en la que se han localizado estructuras de hábitat. El número de ámbitos identificados para la fase II es de ocho,

aunque de forma completa solo se conservaban restos de cuatro viviendas. Estas tienen planta rectangular, con un zócalo de calizas y yesos. Presumiblemente el alzado sería de adobes; desgraciadamente estos no han podido documentarse debido a la fuerte alteración que presentaban las estructuras inmuebles en esta zona. En el centro de las viviendas se encontraban los hogares, que aquí son rectangulares y contruidos con arcilla. Alguno de los edificios presentaba además un área de almacenaje compartimentada, así como los apoyos de las techumbres.

Las viviendas forman una doble hilera y están orientadas Este-Oeste. El abandono de esta zona se produce, muy posiblemente, en la segunda mitad de la segunda centuria, y no se vuelve a ocupar con posterioridad. Esta circunstancia marca la diferencia de este sector con respecto al núcleo central del poblado (sector A), que continuó ocupado hasta el siglo I d. C.

El abandono del hábitat.

Fase de decadencia: fase I (fig. 3)

El abandono de la fase II del poblado debió producirse hacia mediados de la segunda centuria. La circunstancia de que no se hayan recogido apenas materiales arqueológicos, excepto en la zona central, hace suponer que este abandono se produjo de forma pacífica. El abandono del poblado no se dilató mucho en el tiempo, ya que la tercera fase se levanta prácticamente sobre la planta de la fase anterior, recreciendo los muros de las viviendas de la fase II. Sin embargo, hay que señalar una circunstancia especial con respecto a fases anteriores. En este momento se produce una reducción importante del hábitat, ya que ahora solo se reocupa el sector principal, y se abandonan los sectores exteriores (sectores B y C).

El diseño urbanístico del poblado se mantiene invariable con la manzana central y el mismo trazado de la calle. Sin embargo, las viviendas parecen experimentar ciertos cambios. Así, frente a los espacios rectangulares diáfanos de las fases precedentes, se produce ahora una compartimentación de los espacios. Este fenómeno se observa en las viviendas situadas al este de la calle, donde todos los ámbitos excavados cuentan con un vestíbulo que precede a la entrada. En esta zona se sitúa el área de molienda, y los molinos se localizan a la entrada de las viviendas.

Este hecho parece generalizarse para el resto del hábitat y se ha podido documentar en alguna vivienda situada en la parte oeste de la calle, como la delimitada por las UE 66 y 67, que cuenta con un área de



Fig. 3. Yacimiento del cerro de la Gavia. Fase I (escala 1:1500).

molienda situada a la entrada. En las fases anteriores esta se situaba en el centro de la estancia.

El poblado estuvo habitado hasta finales del siglo I d. C., como atestigua la presencia en el mismo de *terra sigillata* hispánica, *terra sigillata* hispánica brillante, cerámica pintada tipo Meseta sur, etc., producciones cerámicas que se fechan en ese momento final de la Edad del Hierro y comienzos de la ocupación romana. Su abandono se produciría de forma lenta y en los últimos momentos presentaría formas de vida marginales, como lo atestigua la construcción de silos para la conservación del cereal en el interior de las viviendas (UE 235), ya posiblemente arruinadas.

ANÁLISIS CONSTRUCTIVO Y ELEMENTOS COMPLEMENTARIOS

Los sistemas de construcción de los edificios excavados son muy similares para cada una de las fases y sectores excavados. A continuación se detallan los elementos constructivos (paredes, techos y suelos)

y los elementos complementarios que caracterizan las unidades de habitación (hogares, bancos, etc.).

Paredes

Los zócalos sobre los que se levantan las paredes de adobe se construyen con piedras de la zona sin trabajar y con una altura de dos o tres hiladas. Sobre el zócalo se recrece el resto del muro con adobes de barro mezclados con paja de trigo y cebada. Los adobes presentan varias medidas (15 x 29 x 8, 29 x 29 x 8, etc.). Se colocan tanto a soga como a tizón, en hiladas dobles para los muros de carga y simples para los tabiques.

Los adobes estarían recubiertos de un revoco de tierra y paja que se renovaba periódicamente. El incendio del sector central de la fase II ha permitido la conservación de las paredes de las viviendas de esta zona, que superan en ocasiones el metro de altura. Las paredes presentaban entramados de madera, como es típico en los pueblos castellanos.

Techos

Resulta compleja la conservación de la cubierta de las casas en los yacimientos de esta época. Sin embargo, gracias al incendio del sector central de la fase II se han podido documentar los restos de parte de estas techumbres. El techo apoyaba sobre los postes de madera de pino. Estos pies derechos, seguramente sin descortezar, servían de apoyo a la techumbre, que se formaba con un entramado de madera de encina. Sobre este entramado se colocaba la cubierta, formada por retama, una de las especies más abundantes de la zona.

Las cubiertas presentaban una inclinación que supera los 45.º, lo que permitía su mejor conservación. Es probable que para evitar que el viento las levantase se utilizasen grandes pesas de barro que colgaban a los lados de las paredes, como se ha documentado en otros yacimientos del ámbito carpetano.

Suelos

El suelo geológico del poblado del cerro de la Gavia está formado por los yesos masivos del sustra-

to terciario. Directamente sobre esta superficie se levantaron las viviendas. Los suelos de las mismas estaban formados por un manto de tierra apisonada, probablemente cribada y mojada antes de su endurecimiento.

Sobre estos suelos se colocaban los hogares, generalmente en posición central. Se trata de hogares de planta rectangular con el borde recredido. También en algunos casos se han podido localizar hogares formados por numerosas capas de fragmentos cerámicos, que conservaban el poder calorífico del fuego. En este caso, los hogares se colocaban en las esquinas.

En algunas viviendas se conservaban los poyos, que servían para depositar los elementos del ajuar doméstico o los huecos sobre los que reposaban los dolia, que servían para almacenar los productos del campo. No debe descartarse una función ambivalente de los mismos: bancos y vasares.

En un solo caso se ha podido documentar la construcción de un silo para la conservación del cereal. Debió de tratarse de una forma marginal y asociada a los momentos finales del poblado, cuando parte de las estructuras del mismo se encontraban ya arruinadas.

